EL LIBRO NEGRO

(FRAGMENTOS)

Por Lawrence DURRELL
Dibujos de Juan SORIANO

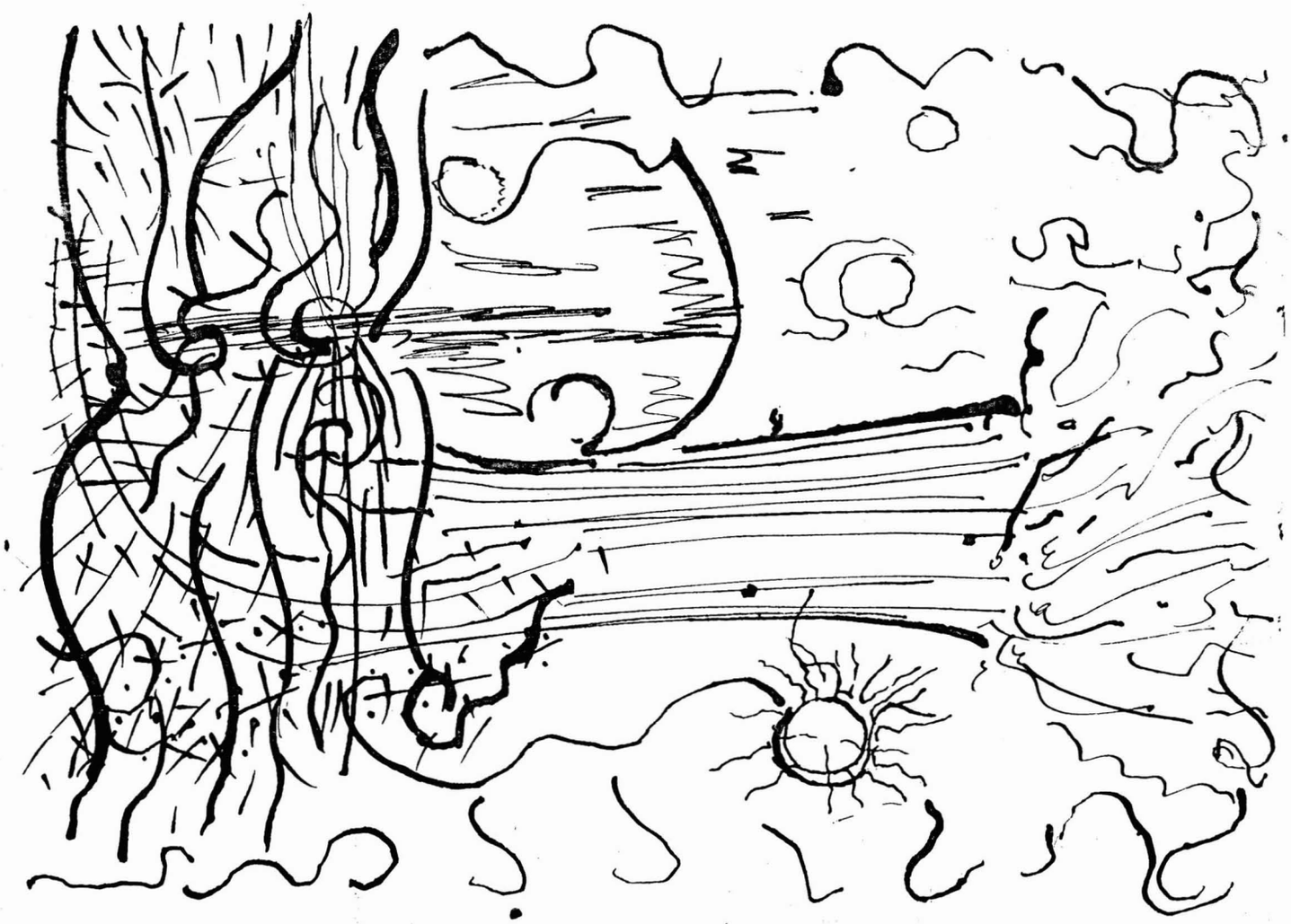
ENTONCES, EL AGON. Empieza. Hoy hay una ráfaga que sale del Levante. La mañana apareció como la mancha amarilla que se extiende al revelar un negativo. Desde Bivarie, al otro lado del canal espumeante que puedo ver por la ventana, el dios-río nos ha enviado su ofrenda: lodo, en una densa línea café que atraviese la bahía. El viento ha socavado las entrañas del río a lo largo del camino, como una gigantesca evacuación que regresa rodando. Los pescadores se quejan de que ya no pueden ver a los pescados para arponearlos. Al menos la langosta y el pulso están a salvo del carburo y el tridente. Vida de aguas profundas totalmente obstruida, momentáneamente oscura tras la membrana de lodo. El invierno de Iona ha reincidido en su sigilo original.

Por todo el techo el resbalón del agua. Burbujea y se mete por las grietas de las ventanas. Hierve entre los charcos de roca. Hoy, al amanecer (pues no pudimos dormir por los truenos) en la tristeza la muchacha prendió el toca-discos, y el concurso de cuerdas de Bach, resinosas y cordiales como sólo la madera y las tripas pueden serlo, se lanzó a escalar las lóbregas vidrieras. Mientras el mar aventó sus dardos y cabos por debajo de la casa, nos quedamos acostados en la cama, oscura como un calabozo y guardamos luto por la muerte del Mediterráneo. Perdido, todo perdido; el frutecer de higos verdes, chabacanos. Perdidas las uvas, negras amarillas y morenas. Se olvidan hasta las que parecen pálidos pezones suavemente pecosos y dulces, en esta mañana en la que nuestra única realidad es el viento levantino, añejado con el olor de Arabia, que menea el caldo lodoso de la bahía. Este es el invierno de nuestra pesadumbre.

El aire está lleno del polvo fino de las tumbas del desierto —como los árabes llaman a la muerte— y el mundo aterrorizante está todo deshecho, gastado y perdido. Los cipreses son de carbón: sus formas pirograban el paisaje como gruesos pincelazos negros de una acuarela a la que le han lavado su vitalidad. Sí. Invierno, invierno por todas partes en estos enervados símbolos desnudos.

Este es el día que he escogido para empezar este escrito, porque hoy somos muertos entre los muertos: y este es un agon para los muertos, una crónica para los vivos. No hay otra manera de decirlo. Hay una comunicación entre el presente, esta parálisis, inercia y la realidad en el pasado de una muerte cuyo significado es simbólico, mítico, pero también real en su forma. Como si tendidos aquí en la mañana en este remedo de la muerte, estuviéramos recreando un pedazo del pasado: una migaja de la muerte que hemos eludido. Sí, aunque los patos silvestres caigan en un lío de alas entre las ciénagas de Bivarie y los elementos desbocados no concuerden, aunque el mar azote la dura negra base de roca sobre la que se ha construido nuestra casa. La comunicación de inexistencia a inexistencia es completa.

Yo no podía haber empezado en el verano, por ejemplo, porque en el verano nos apoltronamos bajo el muro y escuchamos el brote de los higos. El sol seca lo que agoniza en nosotros, nos recoge en una concha de calor para que no sepamos nada: negro sol, la nada egipcia. La membrana nos recubre los ojos al cerrarlos, y sólo las espesas burbujas de estupor cruzan y recruzan la conciencia, como si nacieran de la lava. La leche del espíritu se cuaja en las venas: acrimonia que marchita la benevolencia; el pelo se hiela en el cuero cabelludo, o a lo largo de los muslos se seca en blandas virutas de oro. Hasta los pezones se endurecen y ennegrecen en los pechos de las mujeres, mientras se tuestan las higueras. Ubres que parecen tapones negros de madera para los hijos de los pescadores.



Bueno, no se puede pensar de otra manera en una tarde como ésta, cuando el viento llena la habitación con los olores evocadores del polvo y la incipiente podredumbre de las tumbas: como aliento de leproso, los estallidos apestosos a antigüedad nos hicieron estremecer de frío. La gente está tan pálida y acabada en la mañana. Pálida, la cabeza sobre la almohada, tan ancestral como un retrato, mientras el olor corrompido de las cruzadas nos penetra y nos echa encima su humedad.

En esto vi que la muchacha se levantó de la cama y desafió por un momento al frío. Cariátide. Un paso de baile entre los tendones de la música. Una cuerda que hace figuras. Por un momento el verano casi volvió a estallar en flores: asfodelo, con su airosa pelambre blanca rueda del risueño pavorreal. O gansos salvajes que cuelgan de la luna, y el arquero invisible alerta en cualquier rincón, con la mano en su carcaj vacío. ¡Ah! pero aquí sólo tenemos los pedazos de amarillo untados en los vidrios de las ventanas y el mar sucio, y la carne que tiene miedo al contacto frío del hueso. Entonces me di cuenta de que compartimos esa comunicación de la muerte con la estación y con todas las otras estaciones que me oprimen cuando empiezo a escribir de ellas. Ninguna de las momias, retazos de piel con hueso; ninguna de las columnas de sal; ninguno de los cadáveres ha estado ni la mitad de muerto que nosotros hoy.

* * *

Hoy a la hora del desayuno, mientras los yates cruzan el agua en su persecución, teñidos de gotas, e impacientes rumbo al puerto, estoy muriendo otra vez la pequeña muerte que se cobija siempre en el Hotel Regina: por los mohosos corredores, la geología de helechos en macetas, la roída repisa que pica la carcoma. No me pregunten cómo. No me pregunten por qué, a esta hora, en un lejano promontorio griego metido en la tormenta, he de escoger para mi primer libro verdadero, un escenario que no es mediterráneo. Es parte nuestra aquí, en las cuatro paredes húmedas de una casa húmeda, bajo un viento inmenso, bajo los sables de la lluvia. De esta música de nervios se levantan esos otros no menos espectrales que son mis figuras. Quiero decir Tarquin, que camina por las barriadas de hielo, su pañuelo estampado en el rostro, la enfermedad que crece en su vientre; quiero decir Lobo que, como un niño que carga balas de cañón, no puede con el peso de sus romances; quiero decir Pérez, Chamberlain, Gregory, Grace, Peters, Hilda. Sobre todo quiero decir la sucesión de estas personalidades que estas páginas deben mostrar en todas sus hermosas mutilaciones.

Tarquin por ejemplo, dos metros, rumbo al hielo, armado de navaja, amarillo de ictericia: Tarquin prendido a una rojiza lámina de corcho, adormecido como una mariposa enferma: Tarquin, en el pálido sueño de esta mañana en Iona, entre la espuma y el estruendo, alargando su floja mano para saludar. Aquí estamos, en la sagrada humedad del salín, envueltos en alfombras, entre las plantas secas y las estatuas. Es tan viejo y tan especial como la lepra. Temo darle la mano porque me da miedo que la piel se le escurra de los huesos. Qué fácil sería sacarle el esqueleto a este delgado montón de carne.

Cuando estoy en el Regina estoy muerto otra vez. No con todo el misterio y la pasividad del organismo muerto, sino muerto de la pequeña muerte. Conmigo llevo esta arquilla de juguete, con sus animalitos de juguete, Lobo, Miss Venable, etc. Ardemos en el anuncio de un nuevo caos. Somos como retazos de piel, puestos en conserva, nos alimentan, nos lavan y nos dan la orden de multiplicarnos bajo la cuidadosa vigilancia de un científico. Nuestro mundo es un mundo de límites estrechos, del que no osamos salir ni con la imaginación; cuyas estaciones van y vienen sin que suceda nada. Esta vida es medieval en su oscuridad. Sólo en invierno, cuando cae la nieve, hay una débil luz que se proyecta sobre las paredes de nuestras habitaciones alquiladas. Las sombras se funden en los rincones y vuelven a la oscuridad. Esta es la estación que odiamos todos. Esta canción de invierno, cuando el gorrión rojo se acomoda en los rosales que hacen dibujos en los jardines abandonados, y la repisa llena de tarjetas de navidad de los comerciantes. *Que usted y los suyos pasen una feliz Navidad.* (A barrer, todos los sucios y los gordos.)

Los jardines tienen muchos espejos, que brillan en los postigos cerrados, en un débil y decadente chispazo de estupidez. Lobo yace en la cama de su pequeño cubículo, encogido como un feto, y pide su desayuno. La incierta luz de la nieve se esparce sobre el lienzo verde del postigo. Sigue nevando. No cabe duda de que siempre seguirá nevando. Dejar de advertir esas cosas es el mal espiritual del mundo. El círculo en que prendemos condecoraciones, inflamos globos, o ensuciamos la nieve con el entierro de nuestro mejor amigo.

Mañana de invierno. Elegía en la alta tierra del cisne, ferroconcreto, carteros, Lobo, feto, estampilla de a centavo. Cuatro pisos más arriba Tarquin sigue rumiando lo de la Inmaculada Concepción, mientras la tetera ronca en la chimenea. En la chirriante mecedora, fumo y observo con cuidado los ociosos movimientos de Lobo en la oscuridad. Qué agradable es tenderse así, somnoliento, sin atreverse a tocar con sus dedos de los pies las partes frías de la cama. El espejo está colgado de manera que cuando él se apoye en un codo pueda ver qué triste tiene la cara y decir si su vanidad se ha fortalecido con el sueño o si el vicio se está apoderando de él. Además, lo de su pene. Estudia sus rasgos; lo contempla y se lo golpea contra la barriga. Nadie habla, pues el momento es solemne. Lobo examina su apariencia. Su rostro es como un diario en el que se anotan las frivolidades de cada día. Lobo está convencido de que así es: "Cada una de las líneas, mi amigo, la nariz o la boca, tiene que significar algo: hágase lo que se haga aparece una línea: una mujer me enseñó las líneas pero no las recuerdo bien ya: sólo la línea de la virgen: así". Imposible hacerlo sin un método fonético: qué raro es el argot de Lobo. La oscuridad se está inflando con humo de cigarro. En la habitación de al lado, Miss Venable se polvea el labio partido. La chimenea de gas toca su jazz sordo. Cae la nieve. La elegiaca mañana despunta por encima de los ríos, los estanques, los globos del ojo, las fuentes, los dedos, los dientes, todos de hielo. Ninguno de nosotros es tan valiente como para sacar la cabeza por la ventana y exigirle a la mañana que se detenga. Dáctilo dáctilo, los agiotistas van al mercado. El cartero empolvado lucha por pasar las tormentas para traerme una carta que me escribió la dama blanca, seguramente Pat. Lobo sigue soltándose el pene a una especie de ritmo peruano, pensando en sus conquistas. Se echa leña en los hornos. Chamberlain saca a sus perros a mear en la nieve. El gorila se pone una corbata chillante y se ríe de sí mismo en el espejo. El hombre de nieve o Santa Claus le pusieron siete pulgadas de hielo en la uretra. Alguien estará dispuesto a sufrir entre los sucios estandartes, la ginebra, el humo de cigarro, y las inmóviles tarjetas que están en la repisa. Mañana de invierno, con el tocino que se derrite poco a poco, mientras se cuaja otra vez la gordura apacible en que se vuelve el rostro acostado de Tarquin. Es un momento importante, que se aísla para meditar en los pecados de ayer y preparar los de este día. Lobo le da vueltas al eterno tema de la mujer. Sobre todo de las mujeres estiradas que llevan un candado entre las piernas. Suspirando y tropezándose con la pared, se levanta de la cama para ir al baño. Desde nuestros asientos nos imaginamos su breve ceremonia del aseo: cómo se cepilla el pelo, cómo se restriega los dientes, cómo se restira la corbata.

Qué empalagoso se ve en sus trajes tan estrechos y tan bien planchados. En su tocador hay toda clase de objetos amontonados frente a los marcos de cuero en que se ha encerrado su familia. A veces, cuando logra apartarse de su rostro reflejado en el espejo, le dirige una mirada impresionante al retrato de su madre. ¡Ah, la fidelidad ociosa! ¡Su madre! Pero él no dice nada. Después de ponerse el traje, se compone todo y le da una última ojeada a la habitación. No hay polvo sobre la radio. La bata está en su gancho. Sus zapatitos, en las zapatera; de puntas, como si fueran de ballet. Los pantalones, en la percha. Todo está en su lugar. Basta una mirada a través de la ventana para darse cuenta de cómo andan las cosas en el exterior. Por eso se acerca a la radio y la enciende.

—Anoche tampoco vino.

—Lástima.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

Abre el bolsillo de su abrigo y esconde los dedos de la mano. Se arrodilla con la pierna derecha. Es la postura simbólica en que espera al mismo tiempo la Navidad y la recompensa por las maniobras eróticas de la temporada. Empieza a contar que anoche se desveló y que pescó un resfriado. Qué noche tan húmeda y tan fea. Y todo por culpa de la puta ésa. "Imagínate a tu amigo, espera y espera con el corazón lleno de amor." ¡Cómo no imaginarlo! La noche helada, todo el mundo muy tranquilo en su cama, y él sentado en una lápida,

tieso de frío y al mismo tiempo listo para salir disparado al primer ruido que se oyera en el camino. Lobo, allí sentado con su corazón lleno de amor y sus bolsillos repletos de preservativos. Algo digno de una tarjeta de Navidad en Perú, con todo y su pajarito y su inscripción gótica. Hay que contárselo a Tarquin. (Pero ahora no me interesa.)

—Imagínate a tu amigo, etc.

Cada vez que puede le encanta compadecerse de sí mismo, porque así se le ven más negros los ojos: tiernos, afligidos, a punto de llorar, decepcionados. Esta impresionante melancolía debe de haber sido causa de sus primeras conquistas; pero tiene un repertorio de gestos tan vasto, y los cambia tan a menudo, que rara vez repite alguno, como esta imploración, vestigio de hazañas eróticas hace mucho tiempo olvidadas: a no ser, claro está, por las arrugas del rostro, digno mapa que él estudia cada día con gran vehemencia para acabarse de convencer de que el izquierdo es *realmente* su mejor perfil. Con las inglesas, por supuesto, hay que darse un toque de recia masculinidad para obtener su compasión. Este es su descubrimiento. Por eso ahora se echa un poco más atrás el sombrero e intenta caminar más bruscamente. Más adelante, cuando ya haya perfeccionado su estilo, empezarán en serio sus conquistas.

Llega su desayuno en los brazos de la más nueva de las doncellas: saludable, sabrosa y bien proporcionada. Lobo saca su perfil izquierdo hasta que la muchacha sale de la habitación. El día menos pensado y en menos de lo que canta un gallo, la va a abrir de piernas en la cama. Tarde o temprano hay que reconocer que la vida lo exige. La radio estará tocando todo el tiempo. *Fiat voluntas,* ante el ojo avizor de la familia y los zapatitos parados de puntas.

Lobo se pone la charola en las rodillas y empieza a comer con fastidio, como gato, metiéndose la cuchara a empujones.

—Creo —dice por fin— que voy a irme de monje. ¿Por qué no me acompañas? Dejémonos de putas, amigo mío, y seamos muy muy santos. Todos de negro.

(Corre las cortinas y deja que entre la luz, amable y transparente. Ella se tiende entre los manzanos y los lagos de hielo, larga y fría como un dormitorio. El inmenso monasterio gótico entre las piernas, etc.)

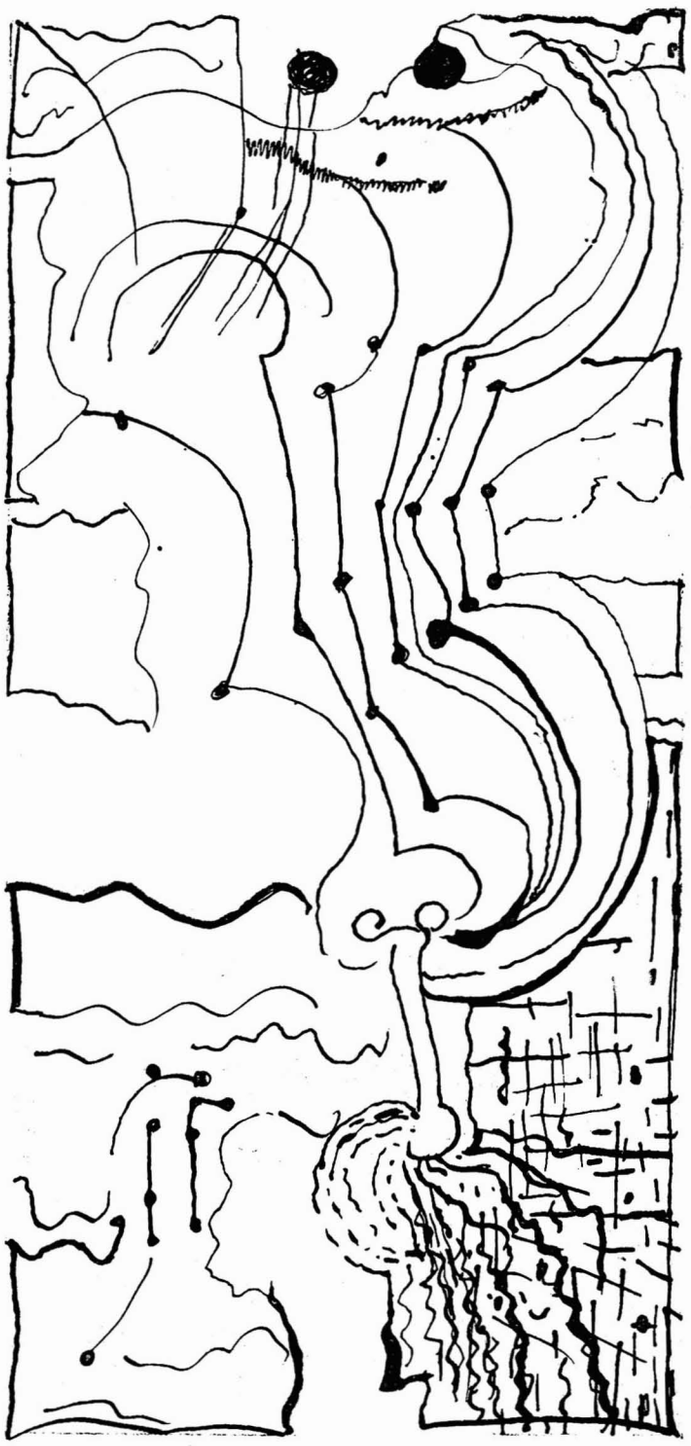
De polo a polo, enormes eslabones de nieve. La confesión de nuestros pecados, el perdón de nuestros pecados, los carteros, los autobuses, en la repisa la carta con la estampilla de a centavo. Las cloacas rebozan de mugre. Hay muy pocos autobuses. Monólogo del camino blanco que se acaba al pasar la Iglesia Católica, la Escuela del Ayuntamiento, el Lazareto, el cambio de moneda, el buzón. Tarquin tendido como Gulliver en Lilliput, mientras los autobuses desbocados le aplastan los muslos y las caderas. Tarquin como la isla de Inglaterra con sus eslabones de nieve, y las montañas como múltiples pezones de almidón.

—Soy católico —dice Lobo astutamente como si fuera prestidigitador.

Su reloj de bolsillo da la hora y Lobo se apresta. Va a perder la conferencia sobre el ferroconcreto y eso, moralmente está mal. Su querido padre le paga la colegiatura. Moraleja: honrarás a tu padre y a tu madre en sus marcos, y aprenderás a construir más iglesias católicas de ferroconcreto.

Recoge su cuaderno, sus instrumentos, sus libros de texto, y apaga la radio. "Listo" dice para terminar, cerrando con llave la puerta.

Diez y media en época de Navidad. Lobo se ha evaporado entre las columnas que dan a la calle principal. La bufanda le cuelga de los hombros. El frío de las calles es cortante; las tiendas están llenas de adornos. Ha nacido el cordero, o ya va a nacer. Cautelosamente, como un suicida, me pongo el teléfono en la sien. Al otro lado, Marney silba y sopla el aparato. Hasta aquí siento los pelos que se le erizan en la joroba. Hoy no se trabaja. Tengo un resfriado espantoso. Marney está enojado: ponerlo a cuidar la escuela, y que no haya más que dos o tres niños-modelo: los demás se escaparon. Los miserables niños se amontonan en los corredores, echándose vaho y pedos para calentarse, acurrucándose junto a las



estufas. Al jorobado le molesta mi enfermedad. Todos los sonidos se deforman por el frío, el enojo, el resentimiento, el amor propio, el recelo. —Creí que al menos contigo sí podíamos contar, dice. Me dan ganas de contestarle: —Perdóname, pero soy católico. En vez de eso, cuelgo el aparato y consulto el reloj del salón. Ya es muy tarde para ir a comulgar. Es muy temprano para acostarse. Siempre es demasiado temprano o demasiado tarde para hacer lo que sea. Sin embargo, al dudar, consúltese el reloj del salón. Lo consulto. Nuevo párrafo.

En la morada subterránea que da al jardín, Peters ha de estar acostado, ponderando su propio talento —o masturbándose. Su gran problema es a quién se va a precer si ha de ser genio. A Leonardo le encantaba el oporto y los chabacanos, por ejemplo, mientras que a Dowson lo que más le gustaba era el puro. ¡Qué difícil! Swinburne empinaba el codo y Wagner no usaba ropa interior. De la sífilis de Beethoven no se sabe si se la pegaron o si la heredó. Si la heredó, el problema es gravísimo. Francamente, estas cosas son un poco molestas.

Vamos a ocuparnos de Tarquin con todas las reglas del oficio. A duras penas se ha librado de las sábanas y ha abierto las cortinas. Le molesta el brillo de la nieve. Se regresa en un santiamén y se emboza con las sábanas. En vano se esfuerza por regresar a su sueño. Es inútil. Entonces, recuerda lo que estaba soñando y se complace en el recuerdo. Una muchacha a la orilla del río. ¿O un muchacho? Ojalá fuera un muchacho, en la ribera verde, un muchacho de Creta, recogiendo semillas; ésa era la imagen. Tú, novia intacta del silencio. En los sueños de Tarquin casi todo sigue intacto. Lo sé porque él me los cuenta, los discute conmigo, juntos consultamos los libros para averiguar el origen de esos sueños, y juntos los psicoanalizamos. Por su bien, no por el mío. Cuarenta años de piadosa introspección le han aguzado el olfato y ya puede seguirle el rastro a sus debilidades. En este caso es Clare, que vive en el desván. Digo "en este caso" por sugerir que no siempre sueña con Clare; pero esto es falso. Con nadie sueña tan seguido ni tan jugosamente como con este campeón de baile, con esta figura morena, esbelta y ligera como un pájaro.

Por eso se pasa las mañanas tan contento, desmenuzando su infortunada pasión y anotando sus deducciones en el diario. Sueño mojado: diez de calificación (purificado). Sueño seco, árido e intelectual: preocupación (contenido). Todo le advierte seriamente que su "vida sexual" (cuánta delicadeza para decir algo tan antiguo ¿verdad?) tiene que ser limpia. A la hora del desayuno readaptamos los preceptos y le damos nuevos ánimos. ¡Cuánta estrategia para vencer sus prejuicios!

En realidad, a Tarquin no le importa más que pasar la vida echado en la cama, en pleno examen de conciencia. Su alma se divide en dos principios, representados por las palabras Pregunta y Respuesta: y jura que es muy sincero consigo mismo, aunque casi no tiene idea de lo que dice. El caso es ser sincero y lúcido, además de generoso, sensato y exigente consigo mismo.

Pero ¿qué hace Clare en una mañana como ésta? Tarquin se ha vestido contra toda su voluntad. Para matar el tiempo se pone a jugar con una caja de velitas que acaba de comprar. Hierve la tetera. Clare es el grito nocturno que pide con tristeza un cuerpo de muchacho; o unas cuantas frases mal escritas en ese diario en que hay que anotarlo *todo* antes que Tarquin muera ¿Clare? Mugre, insignificancia, tontería, uñas carcomidas. Clare es el mundo funesto que se puede contemplar en la ventana. El interminable camino de cemento, su perfecta blancura, rasgada y manchada por los hules de los autobuses, por las carretas, por las patas de las hormigas. Clare es la mañana de hoy que camina lentamente, con tristeza, con dificultad, como un inválido: los rechinidos de la mañana: los huevos en la sartén: la comida en las bandejas: el ruido de los chorros de agua, y el vapor que se escapa por las rendijas; o la figura de Lobo que se achica a cada paso. La verdad es que de todo esto Clare no tiene nada. El rostro que Tarquin ve en sus pensamientos es el rostro de un burócrata común y corriente.

Pero yo no lo voy a justificar ni a consagrar. Lo único que he hecho en unas cuantas sílabas escogidas al azar, es escribir que se acostó. En un ambiente tan acogedor lo único que se puede hacer es ocuparse de uno mismo y confiar en que no habrá dificultades. Pero ¿y Clare?

Cuando Tarquin llama a la puerta, parece que ha llegado el Enviado del Más Allá. ¡Qué aire tan exótico le dan los pliegues de su bata! Otras veces dice: "Clare" como una foca, y entra. Siempre sucede lo mismo. Nadie contesta. Se ha abierto la puerta y no queda más remedio que echar un vistazo al desván; el desorden de costumbre. El linóleo estampado de ropa sucia, como siempre. La ventana abierta y la cama, el piso y la mesa, cubiertos de nieve. ¿Dónde se habrá metido el gigoló?

"Clare" dice Tarquin. Nadie responde. Nadie se mueve. Y ¿si hay un cadáver en la cama? La pared está tapizada con fotografías: pasos de baile, hojas arrancadas que se mueven lentamente con el viento. La pared entera se le echa encima. Tarquin empieza a dar pasos por el cuarto, examina las fotografías, finge que le gustan. Desde el pasillo se ve como una solterona que se ha ido a pasear al zoológico o a visitar museos. Naturalmente que le remuerde la conciencia. ¿Por qué tiene que seguir molestando a Clare? ¿Por qué no dejarlo en paz? Tan jovencito, tan irresponsable, tan mugroso. *Mugroso*, sobre todo: porque la verdad es que el aspecto de su cuarto, lleno de nieve y de calzones, es el amargo despertar del idilio maravilloso, del poético sueño aquel de la ribera, y de la delicada copulación de los Narcisos. Como siempre, no le echa la culpa a las novelas; pero sí a Clare, que no es capaz de responder a la leyenda que le han creado en las novelas. Todo esto es muy interesante para el testigo mudo: el confidente. A mí no me corresponde manifestar, o sugerir, mucho menos admitir mi presencia. Sólo me corresponde existir. Soy el árbitro al que ni siquiera se le pide su opinión. Ya se imaginarán cómo sufro por la terrible desgracia de Tarquin.

(*Traducción de José Luis Ibáñez*)